

Derechas extremas y elecciones europeas

El pasado 14 de mayo el diario francés Le Monde inició la publicación de una encuesta diaria sobre la intención de voto de los electores y las electoras de ese país en las elecciones europeas del 25 de mayo. Las correspondientes a los cuatro primeros días, 14, 15, 16 y 17 (estas notas están hechas el día 18) nos dan que el Frente Nacional dirigido por Marine Le Pen, se mantiene en primer lugar con un 24% de intención de voto, seguido de la UMP con 21,5%-23%, el PS con 17%, los ecologistas con 8%-8,5%, los centristas de UDI-Modem con 7,5%-8%, y el Frente de Izquierda con 7%.

Algo parecido ocurre en Holanda con el PVV dirigido por Geert Wilders, que por ahora se mantiene a la cabeza de las intenciones de voto. Y lo mismo en Gran Bretaña con el UKIP dirigido por Nigel Farage.

El Frente Nacional francés y el PVV holandés son la base del grupo Alianza Europea por la Libertad, que agrupa a partidos de extrema derecha de varios países de la Unión Europea, tales como el Vlaams Belang de Flandes, la Liga Norte de Italia, el FPÖ de Austria, el Partido Nacional Eslovaco y los Demócratas Suecos. Los partidos agrupados en esta alianza conforman el grupo principal, el que cuenta con una mayor presencia pública y agrupa a un electorado más amplio, de esa familia política muy diversa que son las extremas derechas europeas. Las encuestas sobre intención de voto y el correspondiente reparto de escaños en el conjunto de la Unión hechas por PollWatch, les dan a los partidos que conforman esa alianza unos 38 diputados, de los 751 que compondrían el Parlamento.

No serían los únicos diputados de derecha extrema, nacional-populistas y xenófobos, presentes en el Parlamento Europeo. Estarán también, aunque de momento no en el mismo grupo, los que aporte el UKIP de Gran Bretaña, cuyo programa se diferencia poco del grueso de las ideas que defienden los arriba citados.

Ciertamente, en el conjunto del Parlamento Europeo serán una minoría, pero el hecho de que en dos o tres países de la Unión puedan llegar a ser los partidos más votados, o se queden entre los dos o tres primeros, les da una significación que va más allá del número de escaños que consigan. A su vez, en algunos temas, que son centrales en su quehacer político en sus países respectivos, inmigración, política de fronteras, políticas securitarias, salida del euro, van a presionar, reforzar y empujar las posiciones más problemáticas y dubitativas de las derechas tradicionales. En

este sentido, no son casualidad los líos que tiene ya en su seno un partido como la UMP de Francia, donde aumentan las voces euro escépticas, las que plantean reducir el número de Estados que deberían componer la Unión o las que abiertamente, como la corriente Democracia Popular, plantean que hay que hacer negocios con el Frente Nacional. Y tampoco es casualidad que el número dos del Frente Nacional, Florian Philipot, responsable de las campañas electorales de ese partido en las presidenciales, las municipales y en estas europeas, se presente en todos los debates en los que participa, y son muchos, como un auténtico gaulista (esa adscripción no es, desde luego, la de los miembros de la dirección del FN más antiguos, tales como su presidente Jean Marie Le Pen o Bruno Gollnisch). Ya no es, como en las elecciones presidenciales del año 2007 en Francia, la derecha tradicional quien embiste e intenta jugar con las ideas y temas centrales de la derecha extrema, sino que es esta misma la que entra en el terreno y en la simbología de la derecha tradicional, intentando arrastrar a sus posiciones a una parte de su electorado.

Estas derechas extremas, nacional populistas, son algo más que partidos euroescépticos. Su enraizamiento (sin olvidar sus límites) en sus países respectivos se sustenta en algo más que las posiciones que tienen y manifiestan sobre la Unión Europea, y en algo más que los problemas y descontentos surgidos como consecuencia de la crisis que padecemos desde el año 2008, aunque, obviamente, también respondan a ellos.

Su consolidación electoral, aunque con altibajos, tiene que ver con la modificación del estatus y del papel que en los últimos treinta años, acelerado en estos seis años de crisis, han venido jugando los grandes partidos o corrientes que han vertebrado la construcción de los Estados que componen la Unión Europea y la propia Unión. Los partidos de derecha extrema han podido enganchar con insatisfacciones, esperanzas y miedos de capas populares que tradicionalmente se situaban fuera del prototipo de sociedad autoritaria y cerrada que propugnaban y propugnan, y que los partidos y corrientes históricas no satisfacen. Esto, a su vez, les ha obligado a adaptar sus propuestas en los planos económico y social, en un recorrido que va, por ejemplo en el caso del Frente Nacional, desde posiciones ultraliberales defendidas en los años ochenta del siglo pasado, a posiciones de carácter proteccionista de las clases y capas más desfavorecidas, parcialmente parecidas a las propugnadas por las izquierdas situadas a la izquierda del partido socialista.

Y lo han hecho sobre la base de dos grandes bloques de ideas o posiciones:

Una, la crítica sin cuartel a la clase política, de derecha y de izquierda, tomada como un todo y considerada como sustentadora de un mismo sistema, y con la misma responsabilidad ante los fracasos que han afectado a las clases populares. Es una posición típica del populismo: todos son iguales, todos son corruptos, todos están podridos. No representan al "pueblo", sano por naturaleza, solo ellos lo hacen, encarnados en un o una líder que les mostrará el camino del paraíso con la adopción de medidas tales como: salir del sistema Schengen; prohibir el derecho al libre desplazamiento en el territorio de la Unión Europea; restablecer las fronteras nacionales; negación absoluta a la regularización de personas extranjeras que se encuentren en situación administrativa irregular; considerar que la soberanía nacional en materia migratoria es la llave para la unidad nacional y la protección económica y social de la población autóctona; decidir nuestro destino como nación, con nuestras propias leyes, nuestras fronteras económicas y migratorias, nuestra moneda propia, nuestro presupuesto nacional, nuestros servicios públicos, nuestra política extranjera y de defensa.

Dos, el concepto de prioridad o preferencia nacional, que ha sido el elemento central, angular, de su proyecto político, un proyecto etnocéntrico, autoritario, discriminatorio, con el que vienen a

proponer un pacto alternativo de solidaridad nacional y de reparto y redistribución de la riqueza, del que una parte de la sociedad realmente existente quedaría excluida. Así, ante los límites y la escasez, se protegería a los verdaderos nacionales, y quedarían excluidos los que no lo son.

Pero lo anterior también se encuentra en movimiento, aunque de forma muy contradictoria y tímida, por lo menos en algunos partidos, como el Frente Nacional, que desde la presidencia del año 2012 viene ajustando sus propuestas económicas y sociales en un modelo que algunos investigadores, como el sociólogo Gilles Ivaldi, que ha analizado los programas económicos de ese partido en los últimos treinta años, denominan “welfare chovinista”. Vendría a ser una propuesta política que combina la redistribución económica con la xenofobia. Una especie de alianza entre el autoritarismo cultural y propuestas económicas situadas a la izquierda, enfocadas hacia un segmento del electorado popular despreciado o al que otros competidores en el sistema de partidos, los grandes partidos tradicionales socialdemócratas o conservadores, no pueden llegar o no atraen.

No se que saldrá de todo esto, pero sí me parece que la izquierda tiene que tomarse en serio su estudio y seguimiento. Y dejar de lado dichos como “esos partidos son una anomalía en una Europa democrática” o “esos partidos solo recogen un voto de protesta, de hastío, de cabreo”.

Son algo más que eso, y su quehacer político creará muchos problemas en temas que tienen que ver con el sentido de la democracia y la solidaridad entre todas las personas que vivimos en unos mismos espacios políticos y sociales, con los movimientos migratorios, la solidaridad más allá del origen nacional de las personas. Se reforzará el campo de la derecha, por más que en aspectos concretos hagan propuestas que se acercan o se asemejan a las que hacen las izquierdas.

Son partidos en movimiento, con muchas contradicciones, con elementos nuevos y elementos muy viejos en su seno. Que recogen un creciente electorado popular y, al mismo tiempo, siguen manteniendo sus propuestas autoritarias, incluida, por ejemplo, la del restablecimiento de la pena de muerte (aunque parece que también eso está en discusión y algunos se contentarían con la cadena perpetua efectiva).

Empiezan a tener un pie dentro de instituciones muy importantes, pero parte de su electorado y simpatizantes lo son por la radicalidad que muestran en otros aspectos. Y está por ver cómo manejarán esta contradicción en ayuntamientos y parlamentos diversos.



18 mayo 2014

agustín unzurrunzaga **apuntes 83**

